

guas semíticas, y, por lo mismo, no son semitas para nosotros; 2.º que, según nuestras ideas, entre todos los semitas los más afines de los israelitas eran los cananeos, mientras que éstos, según el Gén. 10, no son hijos de Sem sino de Cham. Ya se ve, pues, que los datos del Gén. 10 no son en modo alguno aplicables a la ciencia etnológica moderna.

Hemos de observar, además, que también el concepto «hijos de Sem», tal como aparece en Gén. 10, es un concepto transmitido. Jamás obtiene una nacionalidad su nombre por la adaptación del de su tronco, sino que siempre sucede que el nombre de una determinada tribu se generaliza y extiende a todas las análogas (1), y solo de este modo pueden haberse formado los nombres para grupos de pueblos. Sem debe, pues, haber expresado en tiempos más antiguos un concepto más reducido que ya aparece claramente en la narración del Génesis, 9, 20 - 27. Según el primitivo sentido de esta leyenda, que tan reformada y revisada ha sido, Noé tiene tres hijos: Sem, Jafet y Canaan. En lugar de Canaan, una de las reformas ha puesto «Cham, el padre de Canaan», para concordar con el concepto que prevaleció después (2). Estando Noé dormido, embriagado, en su tienda y descubierto de una manera indecorosa, Canaan se produjo de modo muy impropio de un buen hijo, y en castigo Noé le maldice imponiéndole la condición de ser siervo de sus hermanos. Por esto se ve que bajo el nombre de cananeos se entiende un pueblo sometido, y bajo los de Sem y Jafet el de pueblos dominadores. No podemos, pues, comprender bajo el nombre de Canaan a los opulentos traficantes de Sidón y Tiro, sino a la población primitiva de Palestina sometida por Israel, y, por consiguiente, bajo el de Sem a los israelitas dominadores. Resulta, pues, que «hijos de Sem» es la antigua manera de designar a los hijos de Israel, designación que se extendió posteriormente a otros pueblos afines; y por cierto que esta es una designación poética, porque Sem (SChem) significa «gloria», equivaliendo así hijos de Sem a «los gloriosos» o sea el pueblo de nobles señores.

Los habitantes de la Palestina fueron, pues, desde el principio de los tiempos históricos, pueblos de lengua semítica o sea hebraica. En la época más remota, cuyas circunstancias puede conjeturar hasta cierto punto la investigación histórica, en la de la inmigración de los israelitas en la tierra occidental del Jordán, la población de Palestina era igualmente distinta, como ahora, según el carácter de cada una de las dos comarcas divididas por aquel río, y lo mismo que hoy el Jordán y su valle formaban la línea divisoria principal entre los pueblos semíticos. En el lado occidental del río habitaba una población agrícola que se dividía en muchas y pequeñas tribus, a la cual nos hemos acostumbrado a llamar cananea. También el nombre genérico cananeo ha sido naturalmente extendido de un trozo de tierra o de un pueblo llamado de Canaan a la comunidad de pueblos afines. Lo que Canaan propiamente significa es dudoso. El nombre genérico de estos pueblos parece más bien ser el de *amoritas* (amorreos), como lo designan algunos autores del Antiguo Testamento, entre otros Amós, E., Juec. 1, 34 y siguientes, como también parece deducirse de la inscripción egipcia *Amar* (3). Aquí también hay probablemente la transmisión del nombre de una tribu a las demás de este pueblo. Procedentes de una misma tribu son los habitantes de las ciuda-

(1) Como por ejemplo alemanes, prusianos, germanos; romanos, latinos; griegos, helenos, etc.

(2) Véase la demostración de Wellhausen en los *Anuarios de la Teología alemana*, XXI, pág. 403.

(3) Para la relación entre ambos nombres véase Meyer, en la *Revista científica del Antiguo Testamento*, I, págs. 121 y siguientes, y Steintal en su obra ya citada.

des fenicias de la costa, así como también lo son los etios, que habitan al Norte de la Palestina.

Al otro lado del Jordán, sin embargo, habitaban aquellas tribus semíticas, todavía en su mayor parte nómadas, que hablaban una misma lengua y no obstante de cultura muy atrasada, a todas las cuales designaban los cananeos con el nombre de *'ibrim'* (hebreos), esto es, «las de la otra parte» o sea las que habitan al otro lado del Jordán (4).

Tanto en los límites meridionales como en los orientales de la tierra occidental del Jordán habitaban en tiendas tribus nómadas íntimamente relacionadas con otras cananeas y hebraicas, las cuales, según el concepto general, se incluyen en el gran grupo de poblaciones árabes. Los mezquinos restos que todavía se han conservado de ellas con su nombre propio, no parecen contradecir esta opinión.

Este modo de ser fué alterado cuando una de aquellas tribus hebreas empezó a emigrar paulatinamente hacia la tierra occidental del Jordán, fijándose allí y apropiándose más de día en día el terreno. Al mismo tiempo fué mezclándose esta tribu en muy alto grado con la primitiva población cananea, cuya cultura se asimiló poco a poco, así como también se fundieron con ella otras tribus hebreas y arábicas. El producto de esta amalgama fué el pueblo de Israel, cuya historia vamos a relatar en este libro, y así se formó por medio de la inmigración en los terrenos de la parte occidental del Jordán, los cuales, por lo mismo, se llaman la tierra prometida, justificando de esta suerte la predicción de la leyenda. No penetró allí como pueblo firmemente organizado procedente de Egipto después de muchas divagaciones; su sangre, pues, no es más pura que la de cualquiera otro pueblo: además de los componentes cananeos, hebraicos y arábicos ya citados, recibió también en su seno a gentes de origen arameo y egipcio (5).

(4) En otros tiempos se suponía que los hebreos llevaban este nombre porque procedían del otro lado del Eufrates, pero es difícil fijar a qué pueblo puede atribuirse este nombre. La explicación del nombre que hemos dado más arriba y que parece ser la única exacta, se generaliza más cada día. En cuanto a las razones que militan en su favor y destruyen su referencia al Eufrates, véase mi tratado de gramática hebrea, página 1. El tronco de que provienen estos y otros pueblos, según Gén., 10, 21 y siguientes, se formó, según ya explicamos, con el mismo nombre de los *hebreos*, merced a un concepto histórico-genealógico. Por otra parte, todavía se encuentran en Palestina otros nombres de pueblos que se derivan del lugar habitado, como *perisios*, los habitantes de los *perassot*, esto es, aldeas abiertas; *chivios*, los habitantes de las *chavot* o aldeas de tiendas; también el nombre de los cananeos y amorreos se podría probablemente explicar del mismo modo en último caso.

(5) La pureza de origen se miraba tan poco, que ya en la familia de David encontramos un ismaelita, y de ahí que extrañase en tan alto grado a los antiguos israelitas el temor con que los egipcios evitaban todo contacto con extranjeros, Génesis, 43, 32. Ciertamente que esto no excluye que ya en los tiempos antiguos se apreciase la nacionalidad y la pureza de origen israelita, pero como ésta era bastante rara, la circunstancia contraria no era un desdoro, y así se explica que según el concepto legendario más antiguo debiera casarse Isaac, el hijo de la bendición, con una parienta y que, por otra parte, no se encontrase reparo en narrar que otros patriarcas se habían casado con extranjeras: Judá se casó con una cananea, José con una egipcia, y seguramente que esto último se atribuiría como una gloria a José. No era poca honra para él, descendiente de una raza con cuyos hijos no le era permitido al egipcio más ínfimo comer en la misma mesa, haber conseguido para mujer una doncella de la casta más superior de los egipcios, de la sacerdotil. Que Esaú hubiese ofendido a sus padres tomando mujeres extranjeras, y que por este motivo se enviara a Jacob a Aran a tomar mujer, no es más que una opinión de la Escritura fundamental, cuyo autor interpretó con esto la antigua leyenda desde el punto de vista del judaísmo del cautiverio, Gén. 27, 46 28, 9. La circuncisión solo obtiene en tiempo del cautiverio el significado de un símbolo (*'ot*) que diferencia a Israel de los paganos, sobre lo cual trataremos más adelante. En tiempo del antiguo Israel no pudo tener tal significado, pues que era practicada también por pueblos comarcanos y especialmente por los egipcios.

Ahora bien, el pueblo de Israel en ningún tiempo logró posesionarse por completo de toda la comarca occidental del Jordán, y solo habiendo conseguido esto habría podido llegar a ser una nación de mayor importancia y constituir un Estado uniformemente organizado y respetado de los demás. Pero ni siquiera pudo conservar durante mucho tiempo su antiguo dominio sobre la comarca oriental. Esto solo habría sido posible si hubiese conseguido poblar densamente las tierras situadas al Norte de la llanura de Megiddo hasta el Líbano y las que se encuentran enfrente de éste. Allí no se presentaba, como ya hemos visto, ningún obstáculo al tráfico entre ambas comarcas del Jordán y allí podría haberse desarrollado una población compacta, de costumbres e intereses idénticos. De este modo podían haberse dado la mano las dos comarcas separadas al Sur por el Jordán; pero precisamente en la parte occidental de este río, al Norte de Megiddo, nunca fué numerosa la población israelita en los primeros tiempos de su nacionalidad; allí estuvo siempre muy mezclada con elementos cananeos que no supo asimilarse, perdiéndose así para el Estado israelita muchas familias de esta nacionalidad que se habían fijado en él. La masa del pueblo de Israel no bastaba para convertir a su nacionalidad a aquellos elementos, formando un todo compacto en la comarca montañosa al Sur de la llanura de Megiddo hasta el límite meridional del mar Muerto; y siendo esta parte el corazón del Estado israelita, llevaba ya éste en su seno desde un principio los gérmenes de su ruina. Antes de que este territorio, núcleo después del Estado de Israel, llegase a estar en completa y única posesión de los inmigrantes, antes aun de que se hubiese consumado la fusión de los cananeos, hebreos y árabes con las tribus israelitas, y, por lo mismo, antes también de que éstos pudiesen pensar en la conquista de la costa, se presentaron dos nuevos pretendientes a la comarca occidental del Jordán: por el Nordeste penetran las tribus arameas hasta el anti-Líbano y por el Sudoeste el pueblo guerrero de los filisteos. Ambos, lo mismo que los israelitas, se amalgaman también con la primitiva población cananea establecida en los territorios conquistados por ellos. Ellos y no la población cananea de la costa son durante siglos los verdaderos enemigos del Estado israelita, de tal modo que la constitución de éste se debe al peligro que amenazaba al pueblo por parte de los filisteos.

Así se agotan las fuerzas del pueblo israelita en la lucha por la posesión de la tierra occidental del Jordán. Otro pueblo menos tenaz, menos valiente y menos sufrido, no hubiera conservado durante tanto tiempo y en tales circunstancias su nacionalidad. Mientras Israel defendía su posición contra filisteos y arameos y solo sucumbía bajo el ataque de las potencias asiáticas, fué cuando mostró su elevada capacidad política.

¿Cómo sucedió, sin embargo, que en tales circunstancias llegara a formarse un Estado israelita? ¿Por qué los hebreos que emigraron a la tierra occidental del Jordán no se fundieron con la primitiva población cananea, que les era tan afín tanto bajo el punto de vista filológico como bajo el etnológico? ¿Por qué no se formó un Estado cananeo ya que los cananeos fueron los maestros de los inmigrantes hebreos en todos los ramos de la cultura? La contestación a estas preguntas se encuentra considerando que a las tribus de hebreos inmigrantes que dieron origen a la formación del pueblo de Israel les impedía su religión, distinta de la de los cananeos, la unión íntima con éstos: ya antes de su inmigración en aquel país se habían separado de las otras tribus hebreas y adoptado una religión más adelantada que la de la primitiva población cananea, y por esto precisamente se habían ya convertido en un verdadero pueblo. Ciertamente es que sobre estos

sucesos solo poseemos mitos y leyendas, pero si los comparamos con las observaciones que podemos hacer sobre la religión, la cultura y las costumbres de las demás tribus hebreas, nos será dable sacar conclusiones generales sobre el curso de los acontecimientos que condujeron a este resultado. Vamos, pues, a estudiar la relación en que se encontraron los hijos de Israel con los demás pueblos hebreos.

2. Los hijos de Israel y los demás hebreos.

Los hijos de Israel se diferencian de los demás pueblos hebreos en tres conceptos, según ha podido verse en lo an-



Desembocadura del río Arnon (Modschib)

teriormente expuesto. En primer lugar, porque tienen en mayor cantidad sangre cananea - de los árabes; - alguno de éstos, a lo menos, la tiene en mayor grado todavía que los hijos de Israel. En segundo lugar, por haberse asimilado la cultura cananea, y, en su consecuencia, dedicándose más completamente a los trabajos agrícolas. Y en tercer lugar, por la adoración de Jehova como dios nacional.

Israel representa entre el grupo de pueblos hebreos, por un lado, el de cultura más adelantada - debida ésta ya a la influencia cananea, ya a la de su propia religión - y por otro, el que contiene mayor cantidad de elementos extraños. Los demás pueblos pertenecientes a este grupo son en su totalidad puramente hebreos y en parte han permanecido nómadas, siendo también por lo mismo, a excepción de los moabitas, más rudos e incultos. Por lo que se refiere a los tiempos más antiguos, estas diferencias entre israelitas y hebreos

propriadamente dichos, no eran tan marcadas. Varias familias hebreas fueron admitidas en Judá, cuya tribu no aparece mencionada todavía entre las israelitas en el cántico de Débora, pues no se había aun formado por medio de la fusión de elementos israelitas, cananeos, edomitas y arábigos.

Tres son los pueblos que se presentan como hebraicos al lado de los israelitas: los moabitas, los hijos de Ammon (amonitas) y los edomitas. De éstos parece que los moabitas (1) son los más afines de los hebreos. Los moabitas llegaron a una especie de monoteísmo y estaban con su dios, Kemosch, en una relación semejante a la de los israelitas antiguos con Jehová. Moab es el pueblo de Kemosch, (Núms., 21, 29. Jerem., 48, 46) como Israel el de Jehová. Cuando los moabitas dan motivo de descontento a Kemosch, éste abandona su tierra a la rapacidad de sus enemigos, como hace Jehová con los israelitas en igualdad de circunstancias. Lo mismo que Jehová, Kemosch ordena a su pueblo emprender una expedición guerrera. Podemos igualmente suponer con toda probabilidad la existencia entre los moabitas del oráculo sacerdotal del Urim y Tumim. Encontramos asimismo en Moab dos rasgos repugnantes de la adoración divina semítica que también existieron en Israel en los tiempos anteriores a los profetas, pero que fueron desterrados gracias al movimiento profético, a saber: los sacrificios humanos y las obscenidades usadas en ciertos servicios de la divinidad ó a lo menos en los banquetes de los sacrificios. Cuando el rey Mesa fué encerrado en su capital por los reyes aliados de Israel, Judá y Edom, y desesperaba de su salvación, sacrificó sobre la muralla en este trance supremo a su hijo primogénito, 2. Reyes, 3, 27. En la inscripción de Mesa encontramos como nombre de la divinidad, en lugar de Kemosch, a Ashtar-Kemosch.

Ashtar, como lo demuestra la voz asiria Istar y la arábiga Athtar, es la forma más antigua del nombre de Dios, al cual se le designa también con la terminación femenina Aschoret (Astarté). La doble designación de Ashtar-Kemosch da lugar a la hipótesis de que se representara a Kemosch como una divinidad andrógina. También sabemos que Astarté fué adorada por medio de la prostitución. Según Núm., 25, 1-5, los israelitas antes de pasar el Jordán (2) se dejaron seducir para tomar parte en los sacrificios hechos a Baal de Peor (3) y allí cometieron deshonestidades con las moabitas. De este dato se desprende que en el tiempo en que fué redactado el libro de los Núms., 25, 1-5, existía en aquella comarca un culto impúdico del Baal de Peor. Ahora bien, todos los datos del Antiguo Testamento demuestran que los moabitas no

(1) E. Bertheau: Moab, moabitas, en el «Lexicon de la Biblia» de Schenkel, IV, págs. 229 y siguientes.

(2) Según Núms. 25, 1, por Schittim; sin embargo, esto debe ser interpolación de R. después de E.; véase Meyer, en la revista ya citada, página 179.

(3) Baal Peor significa «el Baal adorado en la montaña Peor.» Las designaciones de una divinidad según los lugares de su culto se encuentran también en otras partes, como por ejemplo, Júpiter Casius y otros. Generalmente se admite equivocadamente que la montaña Peor tomaba su nombre de un supuesto dios Peor, al que se llama Baal Peor. Sobre la naturaleza y culto de este dios han puesto los rabinos en circulación una serie de fábulas estúpidas basadas en la significación obscena de la palabra Peor, las cuales se pueden leer en Seldren: *De diis Syris*, Syn. 1, capítulo 5, Leipzig, 1668, págs. 137 y siguientes (*Ugolini Thesaurus*, tomo 23, págs. 107 y siguientes). Las mismas fábulas circulan también entre los eruditos cristianos mezcladas con apreciaciones sobre los padres de la Iglesia, debidas asimismo a la sutileza judía. Véase sobre este punto E. Kantzsch y A. Soein: «La legitimidad de las antigüedades moabitas,» Estrasburgo y Londres, 1876, págs. 71 y siguientes; donde, sin embargo, no está interpretado debidamente el pasaje Núms. 25, 1-5. La Escritura fundamental es poco exacta en este punto, ya que atribuye el culto de Baal de Peor a los mityanitas.

adoraban más que un solo Dios, el mencionado Kemosch; debemos, pues, deducir—ya que un redactor como J. es digno de la mayor confianza tratándose de este género de noticias—que era precisamente el dios Kemosch el que se adoraba en aquellas tierras bajo el nombre de Baal, esto es, Señor de Peor. Los moabitas de ambos sexos se conducen en este culto de la misma manera que los israelitas de uno y otro sexo, según se desprende de la reconvencción de Oseas, 4, 13-15. Que, por otra parte, los antiguos moabitas como los antiguos israelitas hubieran designado a su dios con el nombre de Baal, esto es, señor, se desprende de los nombres de los dos pueblos moabitas, Baal Meon y Bamot Baal (4). No hay, pues, para qué recurrir a la hipótesis de que la expresión Baal Peor hubiese sido formada por los israelitas.

La lengua de los moabitas no es más que un dialecto de la en que están redactadas las escrituras del Antiguo Testamento, que acostumbramos a llamar hebraicas y que con mayor propiedad deberíamos llamar israelitas. Esta relación entre ambas lenguas no solo se manifiesta en los nombres propios moabitas que han llegado hasta nosotros, sino que la inscripción de Mesa la pone fuera de toda duda (5). De aquí se deduce que el moabítico tenía algunos puntos de contacto con el arábigo, lo que se explica por la proximidad de ambos pueblos.

La tierra que habitaban los moabitas es montañosa como ya dijimos, pero las mesetas de las montañas son susceptibles de cultivo. Desde las montañas se precipitan por profundas gargantas torrentes de agua pluvial en el mar Muerto, así como también varios arroyos constantes y ríos, de los cuales el Arnon es el de más importancia. Al Norte de éste desemboca otro por el Wadi-Kefren en el Jordán, cuyo antiguo nombre israelita no nos es conocido. La tierra de Moab, por lo tanto, no es muy abundante en aguas, aunque siempre lo es más que la tierra de Judá que está a su frente. Por lo general Moab estaba muy poblada en lo antiguo, como lo prueba la multitud de nombres de poblaciones que se han conservado hasta nosotros; también estaba bien cultivada, como lo atestiguan las varias cisternas que todavía se conservan, aunque en estado inservible (6). Asimismo debió de existir en aquel país cierto grado de cultura intelectual, pues si Mesa se manda hacer una extensa inscripción, ésta no tendría objeto si no se supusiera que la escritura estaba muy generalizada en aquellos tiempos; además, de esta circunstancia se puede también deducir la existencia de una literatura nacional.

Mucho antes que Israel debió Moab de constituirse en unidad política, y para esto ofreció la ocasión más propicia la época en que se efectuó la inmigración de los israelitas en la comarca occidental del Jordán. Este fenómeno se confirma por la circunstancia de que según la leyenda Moab estaba ya en posesión de su territorio y tenía reyes cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, y también se vislumbra en la leyenda de Aod, según la cual Benjamin había sido en un tiempo tributario de Moab. Del Deut. 2, 1, se puede tal vez deducir que los moabitas no se consideraban tampoco autóctonos, y, según este pasaje, el nombre de la población primitiva de

(4) No es cierto que los cananeos hubiesen dado a estas poblaciones sus nombres, pues la hipótesis de E. de que en los tiempos mosaicos hubiese existido al Norte del Arnon un reino de amorreos es errónea, como ya veremos más adelante.

(5) Para más detalles, véase mi tratado de gramática hebrea, páginas 13 y siguientes.

(6) Las miserables hordas árabes que ahora habitan la antigua tierra de Moab se guardan muy bien de recomponerlas porque, a causa de la escasez de agua que hoy tienen, se ven libres de que su territorio sea ocupado por guarniciones turcas, y para abreviar sus ganados los conducen a las corrientes de agua más próximas.

aquella comarca debió ser *Emim*. Sin embargo, esta deducción está tachada de cierta inseguridad, pues aquí puede haberse reflejado algún elemento mitológico ó haberse aplicado a este lugar una leyenda referente a otro distinto.

Moab solo tuvo fronteras ó límites fijos hacia el Mediodía y Occidente; llegaba en esta última dirección hasta el mar Muerto, y por el Sur eran sus límites hacia Edom el *Najal ha' arabim* (arroyo de los arbustos árabes) (1), llamado hoy *Wadi-ahsi*. Hacia el Este sus montañas iban a perderse en el desierto: aquí debió de haber constantemente lucha con las tribus de las estepas, y, por consiguiente, el dominio de Moab no tuvo siempre, tal vez, en este punto los mismos límites. La parte Norte tenía en el Este por vecino a un pueblo hebraico de las estepas, los hijos de Ammon, del cual ya hablaremos más adelante.

Muy variables fueron los límites de Moab en el Norte hacia Israel, donde en tiempo más antiguo alcanzaron hasta más allá de la margen septentrional del mar Muerto (2), pues la parte oriental de la comarca del Jordán, que está enfrente de la estepa de Jericó, se llamó todavía en tiempos posteriores Arbot-Moab, esto es, las estepas de Moab. Según el Deut. 1, 5, dió Moisés su ley en la tierra de Moab y allí murió, según Deut. 34, 5. Asimismo solo bajo esta hipótesis se explica el origen de la leyenda de Aod, según la cual el rey moabita Eglon había poseído antes a Jericó. Esto contradice ciertamente la apreciación histórica israelita, de la que no han sabido todavía emanciparse en este punto la mayoría de los modernos teólogos é historiadores. Según esta hipótesis, el Arnon, que, como ya hemos dicho, dividió a Moab en dos mitades, había sido más bien el límite Norte de esta tierra. De esta suerte comienza al Norte del Arnon el territorio de Rubén (Jos. 13, 9) (3), según la demarcación artificial y enteramente anti-histórica que hace la Escritura fundamental de los territorios de las tribus.

En cambio refleja algunas condiciones históricas lo que relatan los Núms., 32, 34-38 (tal vez procedente de E.). Según este pasaje, Rubén y Gad habitaron el territorio moabita al Norte del Arnon, pero debemos guardarnos de opinar que aquí se hayan descrito circunstancias históricas permanentes. La narración se refiere sencillamente a circunstancias que se desarrollaron durante la monarquía, y con especialidad en la época de Omri con la conquista de ciudades situadas al Norte del Arnon. La inscripción de Mesa nos dice que Omri y su hijo habían oprimido a Moab. Habían conquistado a Medeba; Nebo y Jahas estaban también en poder de los israelitas, y en Kiryataim habitaron los gaditas después de Mesa de Uran.

Debe rechazarse como anti-histórica la opinión de que los israelitas habían conquistado ya en tiempo de Moisés la tierra al Norte del Arnon, pues se deriva de una apreciación contraria a la crítica de Núms., 21. De este capítulo se ha deducido generalmente que poco antes de la época de Moisés había habido una irrupción de amorreos en Moab; éstos habían conquistado toda la mitad Norte de Moab al otro lado del Arnon, siendo derrotados y destruidos por Moisés. La base de Núms., 21, es una relación de E.: 20, 21. 21, 4.^b

(1) Para más detalles sobre estos arbustos, que son una especie de álamos pero que por lo general son designados como sauces, véase la observación de Wetzstein, en Delitzsch: «Comentario bíblico sobre el profeta Isaías,» Leipzig, 1879, págs. 460 y siguientes, nota.

(2) Véase Nöldke: «La inscripción del rey de Mesa Moab,» Kiel, año 1870, págs. 16 y siguientes.

(3) Igual concepto exponen 13, 15 y siguientes, cuyo trozo tal vez no pertenece a la Escritura fundamental, habiendo sido añadido posteriormente. Véase Wellhausen: *Anuario de la Teología alemana*, XXI, págs. 596 y siguientes.

9. 12-18. 21-25. 27 (4). Según este pasaje existía en los tiempos de Moisés al Norte del Arnon, entre éste y el Yabbok y limitado al Este por la tierra de los ammonitas, un reino de amorreos, esto es, cananeos, gobernado por un príncipe llamado Sichon (5). El v. 26 dice que Sichon había tomado primero su tierra a los moabitas, pero esta es una adición que interrumpe la unidad del relato entre los v. 25 y 27, adición que vino a hacer concordar aquella opinión de E. con la que reinaba entre otros, de que aquella comarca había pertenecido a Moab. Ahora bien, E., como justificante de su parecer de que aquel pedazo de tierra había sido tomado a los moabitas en tiempo de Moisés, presenta un antiguo cantar sacado probablemente del libro de las Guerras de Jehová. Así dicen los versículos 27-30 que referían los cantores:

«Venid a Hesfon, edifíquese y fúndese la ciudad de Sichon: Que fuego salió de Hesbon, y llama de la ciudad de Sichon, Y consumió a Ar (6) Moab, a los señores de los altos de Arnon. ¡Ay de tí, Moab! perecido has, tú, pueblo de Kemosch: Pusó a sus hijos en huida y a sus hijas en cautividad (al rey de los amorreos Sichon) Su raza (7) pereció desde Hesfon hasta Daibon (8)...»

Ahora bien, este cantar contradice en todos sus puntos lo que E. pretende justificar con él. El rey Sichon, que según éste ha sido vencido, es más bien un rey moabita y sus vencedores, a los cuales se excita en la introducción a que pueblen las ciudades conquistadas, deben ser naturalmente israelitas, pues el cantar es israelita. Las palabras que hemos puesto entre paréntesis (el rey de los amorreos Sichon) prueban que son una glosa por la contradicción en que están con el resto del cantar, intercalada con objeto de ponerlo en concordancia con las hipótesis del v. 26. El cantar es un himno de victoria compuesto con motivo de una de las irrupciones hechas desde el Norte en la tierra moabita septentrional del Arnon, como las que nos relata la inscripción de Mesa.

No se trata, pues, en manera alguna de que Israel ya antes de su inmigración en la tierra occidental del Jordán se hubiese establecido en el Norte de Moab después de vencer a un rey amorreo llamado Sichon. Esto sucedió mucho después, y el rey amorreo Sichon, al que se presenta vencido por Moisés, debe de haber surgido de una mala inteligencia del cantar mencionado.

Además, el establecimiento de Israel en la parte septentrional de Moab no fué más que transitorio. Según Jos., 15, 16, todo el territorio al Norte del Arnon, que Núms., 21, nos presenta conquistado por Moisés y que la Escritura fundamental adjudica a Rubén, era una parte del reino moabita; también Jer., 48, designa como moabitas las ciudades al Norte del Arnon. Según este pasaje, en el territorio entre la margen septentrional del mar Muerto y el Arnon, durante siglos, persistió la lucha entre los dos pueblos hermanos de Moab é

(4) Véase E. Meyer: «Críticas de las memorias sobre la conquista de Palestina,» en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, páginas 118 y siguientes, y mi apéndice a dicho trabajo, págs. 146 y siguientes.

(5) Amorreos y cananeos significan lo mismo, como ya hemos demostrado: E. usa amorreos y J. cananeos.

(6) El final del v. debe leerse, según Meyer, en vez de Ar Moab, Are Moab, esto es, «las ciudades de Moab.»

(7) Versión de los LXX.

(8) Al final hay todavía medio v. (30.^b) que en el texto masorético está completamente estropeado: generalmente se traduce: «devastamos hasta Nopha, lo que es hasta Medeba.» Pero Nopha no tiene aquí sentido alguno y la palabra hebrea: «lo que,» (*ascher*) lleva sobre su última consonante (r) un punto como señal de que aquí se ha cambiado el método de lectura. La r, pues, ha sido probablemente añadida, y si borramos esta letra no queda más que *esch* ó sea «fuego.» Los LXX dicen: «y mujeres pusieron fuego a Moab.»